

martirio : « Resonaban hasta en el fondo de la sala alaridos de muerte : ¡A la linterna<sup>1</sup> los obispos y los sacerdotes que no presten juramento! Advertido por esta señal de que ya es tiempo de empezar el ataque, pónese en pie el presidente, y coge la lista de los eclesiásticos no juramentados. El primero á quien intima que jure<sup>2</sup> es M. de Bonac, obispo de Agen : « Señores, responde el prelado, los sacrificios de dinero y hacienda se me resisten poco, pero hay uno que no puedo resolverme á hacer, que es el de vuestra estimacion y mi fe. Estaria demasiado seguro de perder una y otra si prestase el juramento que se me exige. » Esta respuesta, pronunciada en tono grave y decoroso, cauliya por un momento la admiracion, ó mas bien reprime y coarta

<sup>1</sup> Es decir á la horca. Sabido es que en tiempo de la revolucion tomó el populacho la atroz costumbre de ahorcar á sus enemigos colgándolos de las cuerdas de que estan suspendidos en las calles los faroles, en francés *lanternes* (linternas). De ahí viene el tremendo y ya histórico grito ¡á la linterna! — N. del T.

<sup>2</sup> Este juramento, de que tantas veces se hace mencion en el curso de esta obra, es el de la constitucion, decretado por la asamblea constituyente de 1790. « El clero quiso siempre distinguir la constitucion eclesiástica de la civil y nadie se habia parado en ello; pero en aquella circunstancia (de resultas del campamento federativo formado en Jalés, en los primeros dias de setiembre, para formar un centro de oposicion á las medidas de la asamblea) resolvió la asamblea exigir á los eclesiásticos un juramento rigoroso que los pusiese en la necesidad de retirarse si no le prestaban, ó en caso contrario, de cumplir fielmente con sus funciones. » (*Hist. de la Rev. franc.*, de Thiers, traducida por Miñano, tomo II, pág. 48.) — N. del T.

los primeros efectos del despecho de la izquierda<sup>1</sup>.

« Llama en seguida el presidente á M. Fournet, de la diócesis de este mismo prelado : « Señores, dice á su vez aquel digno cura, habeis querido reportarnos á los primeros tiempos del cristianismo... ¡Pues bien! con toda la sencillez de aquella feliz edad de la Iglesia, os diré que tengo á mucha gloria seguir el ejemplo que acaba de darme mi obispo. Seguiré sus huellas como el diácono Lorenzo siguió las de Sixto, su obispo; le seguiré hasta el martirio. » Al oír esta respuesta, empiezan á arrepentirse de haber puesto al clero en ocasion de dar un testimonio tan público y tan brillante de su constancia en la fe; mas sin embargo, esperando no hallar la misma entereza en todos los sacerdotes, llama el presidente á M. Leclerc, cura de Combe, diócesis de Seez. Levántase M. Leclerc, y dice : « He nacido católico, apostólico y romano, quiero morir en esta fe, y no podria hacerlo prestando el juramento que pedis. »

« Furiosa la izquierda al oír aquellas profesiones de fe tan firmes, pide, para hacerlas cesar, que se suspendan aquellos llamamientos nominales. M. Beaupoil de Saint-Aulaire, obispo de Poitiers, que estaba en frente del presidente, pide la palabra : « Señores, dice, setenta años tengo, y llevo

<sup>1</sup> Es decir, de los exaltados. Sabido es que todavía se conservan en la cámara francesa las tres clasificaciones de izquierda, derecha y centro, republicanos, realistas y conservadores. — N. del T.

treinta y cinco de episcopado.... No mancillaré mis canas jurando vuestros decretos : no juraré. » Todo el clero de la derecha se levanta , aplaude y anuncia que está unánimemente en la misma disposicion.

« Apenas M. de Bonneval , obispo de Senez , tuvo noticia del proyecto que habia de arrebatarle sus ovejas para entregarlas á los falsos pastores , cuando se levantó , intrépido apostol , contra el futuro invasor con que le amenazaban , y no temió decir en una pastoral , digna de un Crisóstomo , de un Hilario ó de un Ambrosio : « Mi cabeza pertenece á los hombres , mi alma sola pertenece á Dios. Si el Señor quiere probar á sus siervos , el siglo décimo octavo tendrá sus mártires como el primero. » Todos los gritos de rabia no alteraron la serenidad del prelado. « Déjelos , vm. , dijo al capitán , déjelos vm. , amigo mio ; no se enoje vm. con ellos : lo que me aflige es que ofenden á Dios. Por lo que á mi me toca , he nacido para sufrir , y estoy preparado á todo. »

« Poco despues fué llevado el respetable obispo , en mitad del dia , y atravesando gran parte de su diócesis , á la prision del castillo de Seyne...

« Lo que proporcionó gran consuelo á M. de Bonneval fué la conversion del cura y del vicario de una de las parroquias de su diócesis que habian tenido la desgracia de pronunciar el juramento del cisma y de la heregia. Mientras que , despues de un largo y penoso camino , empezaba el prelado , rendido de cansancio , á tomar algun descanso , ob-

tuvo del comandante de la guardia el cura penitente permiso para entrar. Ansioso de recibir su absolucion , esclama : « Señor , aun soy digno de V. Ilma. : me he retractado solemnemente. » Jamás palabras mas dulces habian llegado á los oidos de M. de Bonneval , que se pone en pie y se echa en los brazos del buen cura llorando de júbilo : « ¡ Que al fin , amado pastor , le dijo , tengo la dicha de abrazaros y de abrazaros en una fe comun ! Regocijémonos juntos , amigo mio , de vuestro regreso al gremio de la Iglesia : mis dolores han desaparecido : no , ya no sufro ; todo lo olvido , y doy mil veces gracias á Dios de que mis padecimientos hayan podido seros provechosos. »

« Llegado que hubo á Castelane , compareció ante sus jueces : « Llamado , dijo , como escribió luego á la Asamblea nacional , llamado por la divina voluntad á dirigir las almas que me han tocado en suerte , he creido no poder rehusar á los levitas la ordenacion , á los meros fieles la administracion de los sacramentos , á los niños , que me llamaban padre , el pan de la palabra , los auxilios y los consuelos de su creencia. Mientras estén en libertad mi lengua y mi brazo derecho , la una me servirá para predicar el Evangelio á mi pueblo , el otro para bendecirle. » Los diocesanos , que habian acudido de todas partes , aplaudieron con entusiasmo aquellas palabras dignas de un apostol ; pero el virtuoso obispo fué condenado á destierro , y , cuando le notificaron su sentencia , no respondió mas que estas

palabras : *Gracias sean dadas al Señor*. Sin embargo, como debían confirmar la sentencia los jueces de Barcelonette, de nuevo fué entregado el obispo de Senez á su guardia, para que le condujera á dicho punto. Parte del pueblo y todo su clero le acompañaron hasta las puertas de Castelane, donde aquel buen padre, abrazando á sus hijos con toda la efusión de la ternura, dijo al separarse de ellos : « Adios, amigos míos : la fuerza separa por algun tiempo mi cuerpo de los vuestros, pero no está en el poder del hombre separar nuestras almas ni las ovejas del pastor. He sido, soy y seré vuestro obispo hasta el último suspiro : seamos todos igualmente de la verdad, de la Iglesia de Jesucristo. »

« Después de haberse despedido tan tiernamente de su pueblo, que no pudo responder á sus palabras mas que con lágrimas, M. de Bonneval, siempre escoltado por los nacionales, cruzó de nuevo las mas altas montañas para pasar á Barcelonette. La amnistía que sobrevino poco despues hizo que se sobreseyese á su causa, pero no por eso se le persiguió menos. La imposibilidad de volver á su diócesis le hizo elegir un retiro en Nisa, desde donde escribió estas notables palabras : « El impío no lo cree, pero el infortunio tiene sus encantos : de todo me han despojado, pero me quedan el honor y la religion... »

« ..... Mientras el Ilmo. señor arzobispo de Arles estaba en la iglesia de los Carmelitas con otros ciento veinte eclesiásticos, presos en ella aguardando á que los asesinaran, propusieronle muchas veces

que se valiese de sus amigos, ó que alegase á lo menos sus muchos achaques para obtener que le trasladasen á su casa. *No, no*, respondió, *estoy aquí muy bien y en muy buena compañía*.

Entraron los revolucionarios á degollar á los presos en momento en que estaba en el jardin del convento, junto á un oratorio, con el presbítero de la Pannonie, quien le dijo, viendo brillar los sables y las bayonetas : « Lo que es de esta hecha, señor Ilmo, creo que nos asesinan. » — « Pues bien, amigo mio, respondió el arzobispo, si es llegado el momento de nuestro sacrificio, sometámonos, y demos gracias á Dios, que nos pone en ocasion de ofrecerle nuestra sangre por tan buena causa. » — Mientras estaba diciendo estas palabras, entran los asesinos gritando : « *¿Donde está el arzobispo de Arles?* » Quedóse este en el mismo sitio en que estaba sin dar la menor señal de sobresalto; y llegado que hubieron los malvados junto al grupo á cuya cabeza estaba con M. de la Pannonie, preguntan á este : « *¿Eres tú el arzobispo de Arles?* » M. de la Pannonie cruza las manos, baja los ojos y no responde. « *¿Luego tú eres, infame, el arzobispo de Arles?* » dijeron volviéndose hácia M. Dulau. — Sí, señores, yo soy. — « *¿Con que tú eres, bribon, el que ha hecho derramar tanta sangre en la ciudad de Arles?* » — Yo no creo, señores, haber hecho daño á nadie. — « *¿No?* » pues yo te le haré á ti, responde uno de los asesinos, y esto diciendo descarga un sablazo en la cabeza del venerable arzobispo. » En seguida murie-

ron con no menos gloria y serenidad, los obispos de Saintes, de Beauvais, etc., etc. Eran aquellos dos obispos dos hermanos, dos La Rochefoucauld, uno de los cuales rehusó salvarse sin el otro.

Algunos años despues, otros dos ilustres é inmortales hermanos, obispos tambien ambos, quisieron morir como los La Rochefoucauld, despues de haber vivido como ellos. « En Quiberon, el obispo de Dol, miembro de la asamblea de los Notables, fué inmolado igualmente que todos los dignos sacerdotes de su séquito: todos murieron con la serenidad de una conciencia pura, y la entereza propia de unos verdaderos soldados de Jesucristo. Cuando la traicion entregó el castillo de Penthièvre á los republicanos y perdió enteramente al ejército, el venerable prelado podia volver á bordo de la escuadra, como se le propuso varias veces, y con empeño; pero todas las instancias fueron vanas: No, jamás, respondió, jamás abandonaré á mis compañeros de infortunio, á mis buenos sacerdotes, á mis fieles amigos; no abandonaré á nuestros enfermos, y hasta mi postrer suspiro les daré los consuelos de la Iglesia y los auxilios espirituales. » De esta suerte, impulsado por aquella santa intrepidez de los antiguos confesores de la fe, aquel ministro de Dios se resignó á recibir el martirio. Su digno hermano, el presbítero d'Hercé, su vicario general, murió á su lado, como tambien el presbítero Dulargez, rector de Leon, dechado de la caridad y de la mansedumbre evangélicas. Allí fué tambien donde el pres-

bitero Rolando de Klourk, canónigo lectoral de Tréguier, dió el mas raro ejemplo de amistad, dejándose asesinar junto á la cabecera de la cama de su amigo moribundo, por no dejarle solo en sus últimos momentos en manos de los soldados enemigos. »

Si el siglo XIX tiene glorias reales y positivas, en el episcopado es adonde ha de ir á buscarlas. — M. de Aviau era un hombre de los antiguos tiempos. — MM. Dubourg y de Cheverus pasmaron ambos mundos con su caridad y su elocuencia irresistibles; M. de Quélen<sup>1</sup> fué un segundo Belsunce durante el cólera morbo, y todavia goza la Francia de las altas virtudes y del poder puramente espiritual de MM. Donnet, en Burdeos; de Miolan, en Amiens; de La Croix, en Gap, etc.: d'Astros, en Tolosa; Mathieu, en Besançon; de Bonald, en Puy; de Prilly, en Chalons, etc.

He aquí un rasgo, referido por los periódicos de la época, de la vida episcopal de este último: — « El dia de su instalacion ha sido un dia de fiesta y de triunfo para los vecinos de Chalons. Por mucho tiempo habia estado vacante la silla episcopal de Chalons. M. de Prilly, rodeado de su clero y seguido de todas las autoridades administrativas y militares, se dirigia en procesion á la catedral; llegado que hubo á la puerta principal, se detiene, llama al cura y allí, en presencia de todos los asistentes, le

<sup>1</sup> El último arzobispo de París — N. del T.

declara que no entrará en la nave sin haber hecho antes pública retractación de una irreverencia que se acordaba de haber cometido hacia muchos años en aquella misma Iglesia, siendo militar; entonces se hincó de rodillas y pide, en alta voz, perdón á Dios y á su clero. »

¡Y aquel admirable cardenal de Cheverus, que llevaba la inteligencia y la virtud hasta el punto de creerse personalmente responsable de los pecados de su pueblo y de proclamarlo en los excelentes *Estatutos* que compuso para su diócesis! — « ¡Ah! ; si los males de la tierra son tan graves; si la nave de la Iglesia está tan violentamente agitada, si tantas ciegas pasiones revuelven la sociedad, *acaso la escrutadora justicia de Dios no nos absuelve enteramente de estas desgracias*; acaso no hemos trabajado con bastante celo, acaso no hemos orado, instruido, edificado bastante! »

¡Y ese joven Dupuch, primer obispo de Argel, el apeadero, el punto de partida del catolicismo moderno y decisivo para los confines del Africa y del Asia, escribiendo á la *Sociedad de la propagación de la fe* aquel admirable informe cuya peroración citamos en una de las páginas anteriores.

Los obispos de ultra-mar, los obispos americanos, los vicarios apostólicos de las Indias, etc. parecen mas grandes todavía porque tienen mas obstáculos que superar: casi todos se confunden con los apóstoles

toles y los misioneros. Si hubiéramos de citar nombres, tendríamos que llenar muchas páginas; pero para juzgar, con un ejemplo, de la influencia en la India de un obispo que empezó por salir, joven misionero extranjero, de un seminario de París, leamos el siguiente extracto de los *Anales de la Fé*, de 1831:

« Nguyen-Arch, queriendo hacer conocer á la familia del señor obispo de Adran, el aprecio y el afecto que le profesaba, encargó á uno de los misioneros que le enviase el diploma que habia destinado al prelado, del que vamos á dar un extracto. »

« Yo poseia un sabio, el íntimo confidente de todos mis secretos, que, á pesar de la distancia de mil y mil leguas, vino á mis estados, y nunca me abandonó, aun cuando la fortuna me volvía las espaldas. ¿Porque ahora... que ha vuelto bajo mis banderas, y en el momento en que estábamos mas unidos, ha de haber venido á separarnos de repente una muerte prematura? Hablo de Pedro Pigneau, honrado con la dignidad episcopal y con el glorioso título de plenipotenciario del rey de Francia. Siempre tengo presente en la memoria el recuerdo de sus antiguas virtudes, y quiero darle aquí un nuevo testimonio de mi aprecio, debido á sus raros méritos.

« Aumentaban de día en día mi aprecio y mi afecto hácia él. En los tiempos calamitosos, nos suministraba medios que solo él podia hallar. La sabiduría de sus consejos, y su virtud que brillaba

hasta en el desenfado de su conversacion, nos unian mas y mas : éramos tan amigos y viviamos en tanta familiaridad , que cuando mis negocios me llamaban fuera de mi palacio , nuestros caballos iban siempre uno al lado de otro. Siempre he mas tenido un mismo corazon. Desde el dia en que, por la mas feliz de las casualidades, nos encontramos, nada ha podido entibiar nuestra amistad, ni causarnos un momento de enojo. Yo esperaba que aquella robusta salud me permitiera gozar todavía mucho tiempo los dulces frutos de una union estrecha, y la tierra acaba de cubrir aquel lozano y precioso arbol. ¡ Oh ! ¡ cuánto le echo de menos !

« Para manifestar á todo el mundo los grandes méritos de aquel ilustre extranjero y difundir en fin el aroma de sus virtudes que siempre ocultó, le doy este diploma de ayo y maestro del príncipe hereditario, como la primera dignidad, despues de la real, y el título de *perfecto*. ¡ Ah ! cuando el cuerpo ha caido y el alma echa á volar al cielo ¿ quien podria detenerla ? Acabo este breve elogio, pero la pesadumbre de la corte no acabará jamás.... ¡ Oh bella alma del maestro ! recibe este favor. »

## § V.

EXAMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTORICAS DE LOS FUNDADORES DE ORDENES Y DE ESTABLECIMIENTOS RELIGIOSOS.

La razon concibe las órdenes religiosas lo mismo y con mas motivo que las sociedades civiles, administrativas, judiciales y militares, es decir, conjuntos, uniones de personas análogas individualmente débiles é impotentes, por lo mismo y solo porque se concibe la utilidad y la necesidad de la fuerza, de la beneficencia y aun de la enseñanza mutuas.

Admiramos , admitimos las órdenes religiosas , como medio de buena conducta, de paz y de felicidad privadas; como medio subsidiario y aun principal de gobierno y de *orden público*.

Las admitimos , las admiramos igualmente, pobres verdaderas , viviendo *al día*, abandonándose como las aves del cielo á la fe de la Providencia ; ó bien simples propietarias, como el vulgo de los ciudadanos. Admirábaselas tambien, admirábaselas sobre todo antiguamente *pobres de espíritu*, y aun pobres y humildes como individuos<sup>1</sup>; generosas,

<sup>1</sup> Su divisa general era : *Non præesse, sed prodesse.*